



ESTER CÁRDENAS PÉREZ,
TRABAJADORA SOCIAL DE LA
DIRECCIÓN DE GÉNERO,
EQUIDAD Y DIVERSIDAD DE LA
UNIVERSIDAD DE MAGALLANES

Primero de Mayo, el día de las que no son nombradas

embargo, existe aquel último espacio del ordenamiento en el que se encuentran las y los invisibles. Como es de esperarse, las invisibles lo viven peor.

“¡No nos callarán!”, gritaban las trabajadoras de aseo del Hospital Regional de Antofagasta hace poco más de un mes, al exigir mejoras en sus condiciones laborales, dado los “¡recursos inhumanos!” disponibles para sus cuidados en sus lugares de trabajo, en plena emergencia sanitaria. “¡Pero estoy vendiendo pan casero para darle de comer a mis hijos!”, exclamaba otra mujer en la ciudad de Pergamino, Buenos Aires, mientras inspectores de tránsito le requisaban la moto en la que se movilizaba para llevar a cabo las ventas que seguramente darían el único ingreso con el que solventaría el alimento para sus hijos.

Esta crisis sanitaria ha hecho más evidente una realidad ya existente; las violencias, discriminaciones, desigualdades, no son flagelos que han surgido con la pandemia. En paralelo, se preten-

día instaurar la idea de que este virus afectaba a todas y todos por igual. Esta afirmación carece de sentido si acercamos un poco más la lupa. Habría que haberles ido a contar a las trabajadoras que se manifestaban en Antofagasta que, en efecto, exageraban al creer que sus aflicciones y condiciones eran distintas a las del resto, invalidando así sus realidades. Lo cierto, es que las desigualdades son históricas y las condiciones sociales de las personas nunca han sido iguales, por tanto, las diferentes circunstancias han afectado y afectan a las personas de manera distinta. Bien lo saben las mujeres trabajadoras de casa particular, las que desarrollan trabajos esporádicos para la solvencia diaria, aquellas con trabajo informal, las estudiantes trabajadoras que han quedado cesantes y han debido desertar. Las trabajadoras de aseo y alimentación de los centros de salud que, curiosamente, no han gozado del mismo reconocimiento que aquellas y aquellos que se encuentran

cumpliendo el rol “profesional”. Con mayor precisión, imagine usted ser madre soltera, tener tres hijos, ser jefa de hogar y única proveedora con los ingresos de la venta del día, y sumado a ello, confinamiento establecido. Acto continuo, el repudio y condena de aquellas personas enfurecidas por quienes “salen” a diario. Así, disparan con incontables ¡Quédate en casa!. ¿Será opción para una mujer no salir de su casa si de ello dependerá que sus hijos se alimenten?. Registros numéricos nos demuestran que la pobreza aún tiene rostros de mujeres, porque son las que perciben menos, las que poseen menos actividad económica como resultado de los roles de género, las que no tienen ingresos propios, y si los tienen, deberán hacerlo en condiciones precarias, sin garantías y sometidas a constantes violencias. Estas son nuestras invisibles.

Ya han transcurrido más de 100 años desde aquella masacre en Chicago. Aquellas “8 horas para trabajar, 8 horas de recreación,

8 horas para dormir”, no es una realidad en la vida de muchas mujeres. Algo aquí no encaja en lo justo, algo tramposo suele escon-

derse siempre para las mujeres. Pero sobre todo, para las del último escalafón, aquellas invisibles que no son nombradas.

// El Día Internacional de los Trabajadores”. Así se da comienzo a invisibilizar a las que igualmente sostienen la economía, las mujeres. Esta fecha remonta a la revuelta del año 1886, momentos en que la clase obrera de Chicago, EE.UU; se dispone a reclamar sin temor, la reducción de su jornada laboral de 18 a 8 horas. De este modo, la historia nos recuerda que las personas ocupamos diferentes espacios y posiciones en el globo. Recibimos el rol impuesto y así somos ordenadas/os en esta pirámide social. La mayoría no constituimos el primer escalafón, sabemos que nos encontramos más abajo, en algún lugar. Sin